

MARA LARROSA

Ala Prístina

Barcelona: Ediciones Sin Fin, 2021.

VALENTINA MARCHANT VALDERRAMA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

Cuando el amor deja de ser subversivo, ha muerto.

*Con el AMOR descubría la inmensa evolución
en la que estamos; en esta Incandescencia natural
que es el inicio de la capacidad de CONTINUARNOS
UNOS CON OTROS.*

Mara Larrosa.



En *Ala Prístina* (Ediciones Sin Fin, Barcelona, 2021) se reúnen, por primera vez en forma de libro, una serie de poemas que la mexicana Mara Larrosa escribió entre 1975 y 1977, época clave para el movimiento infrarrealista que surge en Ciudad de México, y del cual Mara fue uno de sus miembros activos, pese al desconocimiento que persiste tanto de su figura como de su obra. Triste destino que comparte con muchas otras artistas y escritoras, y que en el caso de Larrosa probablemente se acrecienta por su misma condición de *infra*, cuestión que -podemos suponer- la llevó a mantenerse *voluntariamente* al

margen del reconocimiento oficial, y del encandilamiento que trae, a veces, la así llamada *carrera literaria*⁶.

Rubén Medina plantea, en el prólogo del libro *Ala Prístina*, que “a diferencia de Bolaño, que ofrece una mirada paródica y retrospectiva del infrarrealismo en su novela –y con casi veinte años de distancia– los poemas de Larrosa dan cuenta de la presencia de varios infrarrealistas y amigos del grupo en el preciso momento en que suceden los asaltos” (Medina, p. 12). Yo diría, más bien, que los poemas de Larrosa dan cuenta del *espíritu vital* del infrarrealismo –su desobediencia radical frente a toda forma de convencionalismo– antes que ofrecer un testimonio anecdótico respecto de la personalidad de tal o cual escritor. Larrosa escribe, en efecto, “en el preciso momento en que suceden los asaltos” y es justamente esa *urgencia por transcribir* el presente lo que dota a su escritura de una fuerza inusitada, de difícil clasificación. Podríamos pensar, entonces, que para Larrosa la escritura es una forma de supervivencia para *sortear el presente*, un espacio para registrar –a ratos en forma de apunte, a ratos con extrema conciencia del oficio escritural– un presente que se vive de manera convulsa, caótica y problemática, y cuyo resultado son estos *poemas pastiche*, mezcla de carta, diario de vida, testimonio y canto. Dice Mara: “A las 8 abrieron todas las primarias; me duele. / ¿Así es tu cara, Zanabria? Mi piel no tiene nada que ver / con las muchachas de las fruterías, con los salitreros. / Me duele” (p.33). Más tarde dirá: “México está hecho de explotación pura y chorreante, / pero no sucederá nada en mucho tiempo (...) cada materia, cada utensilio están determinados, / nadie descompone los usos ni el orden que tienen” (p. 63). Y es que “No se acaba la explotación del hombre por el hombre, / apenas estoy creciendo y ya parezco pelícano sin sal. / Apenas, Zanabria. Cuando los proletarios llegan / en la madrugada al edificio y nos gritan: / ¡queremos tragar!” (p. 32).

Larrosa desarrolla, en este libro, una mirada bastante crítica respecto al México de los años 70'; hay una especie de *posicionamiento militante* en su escritura, una *conciencia de clase* que no es extraña para quienes fueron testigos de los procesos revolucionarios que van desde la Revolución Cubana hasta el auge de los socialismos en los años 70', con la posterior seguidilla de dictaduras que terminarían por truncar el destino emancipatorio de América Latina. En este sentido, Larrosa da cuenta de esa fragmentación de las utopías –de la angustia que se vive frente a la derrota– pero no se queda ahí; sin desconocer la *herida común* que se arrastra, nos propone vías alternativas de existencia, entre las que se encuentran un retorno al conocimiento ancestral perdido, una reivindicación del cuidado

⁶ Los poemas de Mara Larrosa pueden encontrarse en publicaciones que el mismo grupo infrarrealista gestionó, tales como la muestra *Pájaro de calor* (1976) que Mario Santiago publica en revista *Plural*, así como en *Héroes de ocasión: seis jóvenes infrarrealistas mexicanos* (1976) y *Correspondencia infra* (1977). A su vez, ha sido incluida en algunas antologías, como *Asamblea de poetas jóvenes de México* (1980), *The Fertile Rhythms: Contemporary Women Poets of Mexico* (1989) y *Hora Zero: Los broches mayores del sonido* (2019).

frente a la naturaleza, pero sobre todo, el posicionamiento frente al amor como única arma para la supervivencia de la especie: “nunca hemos tenido vapores y calles propias, / propias para que nos sirvan para amar, / para amar una vida que nosotros mismos hagamos / con nuestros líquidos” (p. 27). La emancipación, para Larrosa, no se encuentra en el arte, ni en la poesía, sino que en el Amor: “lameremos partituras dobles de conciertos estudiados / y yo agradeceré estos muslos anchos de arriba, / los bosques carboníferos, los óvulos desnudos: felicidad: / construyendo utopías para fertilizar la confianza: / lo amoroso: arenas y células integradas en los tórax / no explotación: lo amoroso” (p.51).

Frente a la explotación: *lo amoroso*, dice Larrosa, anticipándose a muchos de los preceptos que hoy por hoy son bandera de lucha obligada de varios tipos de feminismo. Ahora bien, ¿qué tipo de amor? Mara nos propondrá volver a ese *amor primitivo* –lejos del paradigma del amor romántico– a esa unidad esencial perdida, en donde todo es uno y uno es todo: “Soy un solo corazón circular que no puede / separarse de la galaxia, que no puede ser / una sola partícula de hermosura” (p.40), “Ahora me doy cuenta / que no puedo amar en esta forma desolada” (p.26), por eso “Quiero que mis muslos abarquen / más país, más muchachos” (p.30) y es que “cuando el amor deja de ser subversivo / el amor ha muerto– diremos” (p.46). Hay, entonces, en esta escritura, no solo una propuesta estética –la de echar por tierra todas aquellas fórmulas convencionales de la poesía en general– sino también la elaboración poética de una *tercera vía* –no armada, ni intelectual, ni artística– para enfrentar esta *Edad de Hierro*, como llama Larrosa a su época: “Las cosas están como para que a hombres y mujeres / de dolores revueltos nos empiece a salir sangre / de las orejas, de las rodillas. / Tendremos que dejar los cafés vacíos para ir a las fábricas. / El mundo huele a alacranes y las esquinas / de todo el país me están sacando alaridos, / mis pupilas pequeñas están quemadas. / Hay que abrazarnos” (p.30). Frente a “los niños enloquecidos por el hambre” y “ante (las) filas de soldados enloquecidos por la soledad” (p.60), lo amoroso, el abrazo, el retorno a lo primitivo, la reivindicación de la mujer como pieza fundamental en la arquitectura del amor, de la recuperación de lo común, de la comunidad perdida: “¡Qué bellas podríamos ser las mujeres! / vientres de guerra / vientres llenos de ciudades / alborotados sólo hacia el interior. / Cuando éramos prehistóricas” (p.27), “No podemos quedarnos con los brazos / perdidos, llenos de puras posibilidades y de dignidad. / Soy una mujer. Todo se mueve” (p.38). Y es que, dirá Mara: “Todos somos 30 millones. Todos garzas. Todos pliegues / de roca, pliegues de caballo, pliegues rudimentarios (...) en nuestra historia hasta llegar a ser mamíferos, / tiernos mamadores, tristes. (...) Todos con pliegues de luciérnagas y ártico / cachos de piña en los oídos: todavía los traemos” (pp.34 - 35). Todos somos esa *Ala Prístina*, el ave más antigua, el vuelo que hace 150 millones de años dio origen a todas las demás aves del mundo; todos *podríamos desbandarnos*, como nos propone Mara, salir a pasear por las plazas para oler a las gentes, tomarse las paredes de la escuela para pintar murales que nos hagan sentir menos solos; caminar junto a los salitreros, los proletarios que llenan las fábricas, llorar juntos una canción de Camilo Sesto, o de Mozart, da igual, porque todos somos

semejantes cuando bostezamos y nos recostamos sobre charcos de agua “porque es la única forma de estar juntos / desnudos / sobre algas, en el agua” porque cuando estamos así, “ya no hay adultos con abrigos / que lleguen a guardarnos a las casas”(p.43).

¿Qué es el infrarrealismo sino ese ímpetu por recuperar *la vitalidad* perdida? ¿Qué fue ese movimiento latinoamericano sino la agitación de las normas para volver a encontrarnos desnudos, y libres, y otra vez niños? “Siento que hay algo que siempre ha vivido, / hubiera o no agua / cayeran o no los vientos / habitaran brazos y escamas / algo que es eterno” (p.64), dice Mara, algo eterno: “mi recitación de amor no tiene ni principio ni final” (p.49), y es que “no hay universo de hielo, no hay muerte ni resequedad / en las sustancias de la vida” (Idem). La muerte no tendrá dominio, y en este sentido, la poesía es una forma más de belleza dentro del mundo: “mándame muchos poemas, muchos poemas, muchísimos / todos, poemas, poeta que más amo” (p.64) escribe Mara a Bolaño, en una carta que se incrusta al final del libro y que constituye un documento más -uno entre otros- que en la pluma de Larrosa, deviene poesía.

Celebro la aparición de este primer libro publicado de Mara Larrosa, que nos obliga a poner el foco en lo importante: el amor, la poesía, la lucha colectiva, lo primigenio, la naturaleza, el re-posicionamiento de la mujer, la comunidad. Esperemos que el tiempo nos devuelva más piedras preciosas en la orilla de esta playa, tantas veces olvidada, tantas otras perdida.